

«Poco tiempo ha trascurrido desde que el poder se concentró en mis manos, y ya se ha hecho manifiesta la necesidad de numerosas reformas. Cumpliendo, pues, ahora mi juramento en toda su extension, decreto un Guen-ro-in, que deberá establecer la base de nuestras leyes, y una Dai shin-in que quedará encargada de afirmar el Poder Judicial.

«Voy, además, á reunir en asamblea general á los prefectos de cada Departamento: deberán darme á conocer los deseos del pueblo, y discutir el bien público.

«Me esforzaré en establecer un Gobierno Constitucional, feliz al ver que todo el mundo se regocije de ello conmigo.

«¡Que no por un exagerado amor al pasado, se rehuse todo progreso! ¡Que no por un exagerado amor al progreso, se pretenda avanzar con demasiada precipitacion! Tal es el mas sincero de mis deseos.»

XVI

Terminacion de los trabajos astronómicos.—Convites de despedida.—Visita á los jardines del Emperador y á los principales templos de la capital.—Los milagros de la diosa Kuanon.—Las tumbas de los 48 Ró-nin.—Conclusion.

La narracion de nuestro viaje se aproxima á su fin. Durante la primera quincena de Enero de 1875 se terminó en ambos observatorios la série de operaciones astronómicas contenidas en nuestro programa, y comenzamos á disponer la partida para volver á nuestro país por la vía de Europa, en donde nos esperaba, sin embargo, el nuevo honor de representar á nuestra patria en el Congreso Internacional de Ciencias Geográficas que se reunió en Paris.

Dos ó tres días habian trascurrido desde que se habia desmontado el observatorio de Nogue-no-yama, cuando recibí un telégrama de Mr. Janssen, proponiéndome la práctica de una nueva série de trabajos se-

mejantes á los que habíamos ejecutado el 9 de Diciembre anterior, para medir la diferencia de longitud entre los campos frances y mexicano por medio del telégrafo. De muy buena voluntad habria accedido á esta proposicion, porque aunque fueron satisfactorios los primeros resultados, nunca está por demas comprobar esta clase de operaciones; pero por desgracia no me fué posible hacerlo así, pues los instrumentos estaban ya empacándose y habria sido dilatado el restablecimiento del observatorio y la nueva rectificacion de los aparatos. En este sentido contesté al sábio físico, Presidente de la Comision Francesa.

Los dias que trascurrieron desde el término de los trabajos astronómicos hasta la fecha de nuestra partida del Japon, se emplearon en la ejecucion de algunos cálculos de las mismas observaciones, no solamente para aprovechar en trabajos de gabinete parte del tiempo que nos dejaba libre la terminacion de los de campo, sino tambien con el fin de obtener, siquiera aproximadamente, la posicion geográfica de la ciudad y comunicar el resultado á varias personas que deseaban conocerlo. Algunas oficinas de la administracion me habian manifestado ese deseo, y entre otras, la de la Comision científica que se ocupaba en levantar la carta geográfica del Imperio. Mr. Veau, ingeniero en jefe de esta Comision, me dirigió con aquel fin la nota que con mi respuesta consta en el Apéndice XIV; y se ve por mi comunicacion, que le envié los pocos resultados que hasta ese momento habia obtenido, y que por otra parte, difieren muy poco del resultado general que despues obtuve por el cálculo y combinacion de todas las observaciones.

El Gobernador de Kanagawa, me manifestó igualmente su propósito de erigir un monumento permanente en el sitio en que estuvo mi observatorio, con el objeto de que su posicion sirviese de punto fijo de referencia para las operaciones geográficas del Japon. No sé si habrá realizado su intento; pero con el fin de facilitárselo, no destruí los postes de piedra en donde estuvieron mis instrumentos, ni aun la casa del observatorio, sino que tal como estaba lo puse á disposicion de S. E. Nakáshima, enviándole la llave de aquella pequeña construccion.

Otra razon me impulsó, además, á principiar allí mismo los cálculos, siempre largos y laboriosos, de las operaciones astronómicas. La navegacion por los mares del Asia nunca está exenta de peligros; una desgracia de que acaso hubiéramos podido ser víctimas, habria hecho

perder con nosotros todos los documentos y datos de nuestras observaciones; y con la mira de asegurar su salvacion me propuse, y aun así lo comuniqué á mi Gobierno, dejar una cópia de ellos y de sus principales resultados en poder del Ministro americano Mr. Bingham, con encargo de remitirlos á México en el caso de que sufriéramos algun accidente en nuestra travesía para Europa.

Sin embargo, mi intento no pudo tener verificativo á causa de la enfermedad que me obligó á guardar cama en los últimos dias que permanecí en el Japon, y que en consecuencia, me impidió terminar todas las cópias y los principales cálculos. Fué probablemente originada por el exceso de fatiga física é intelectual que me produjeron los trabajos, y acaso tambien por los cambios extremos de temperatura á que me exponian las mismas ocupaciones de gabinete. En efecto, el frio era tan vivo, que para poder consagrarme á los cálculos en mi habitacion del hotel, me era indispensable mantener un fuego activo en la chimenea; y como muchas veces tenia que salir violentamente á negocios ó á visitas cuando las calles estaban cubiertas de nieve, resentia como era natural, el efecto de esas rápidas transiciones del calor al frio. Esto me produjo una ligera fiebre y dolores reumáticos muy molestos, que me acompañaron en parte de la navegacion, y que verdaderamente no cedieron sino hasta que llegamos á los climas cálidos de los países inmediatos al ecuador, como Saigon y Singapour, en donde el calor es intolerable.

A la verdad, el año de 1875 tuvo para nosotros tres inviernos y dos estíos, debidos á los cambios de latitud. Al partir del Japon, la temperatura estaba á algunos grados bajo cero; ocho dias despues, en Hong-Kong, era superior á 20°; y dos ó tres semanas mas tarde llegó á 40° en las costas del Imperio de Anam, en las de Malaka, al atravesar el oceano hasta Ceilan, y aun hasta Aden, al Sur de Arabia y en la entrada del Mar Rojo. En seguida comenzó á decrecer gradualmente hasta Italia, en donde el frio na era ya considerable; pero volvimos á hallar la nieve al atravesar los Alpes para entrar á Francia por el gran túnel del Mont Cenís. En Francia y en el resto de la Europa tuvimos el segundo verano, y por último, el tercer invierno al fin del año.

Principiábamos ya á hacer nuestros preparativos de viaje, cuando llegaron á Yokohama los astrónomos Mr. Tiltmann y Mr. Edwards, de la Comision Anglo-americana que estaba en Nagasaki, y el Profesor Mr. Hall

que habia observado en la China. Me hicieron el honor de visitarme, lo mismo que otros astrónomos rusos que habian tomado parte en las observaciones del tránsito de Vénus, estacionados en diversos puntos del continente asiático. Los Sres. Tiltmann y Edwards fueron los que me dieron las señales telegráficas de Tóquio á Yokohama, al medir la diferencia de longitud entre la primera de estas ciudades y la de Nagasaki.

Tuve el gusto de darles un convite el 10 de Enero, y á la vez el sentimiento de que no pudiera concurrir á él el profesor Hall, por haberse embarcado para América en la mañana de ese mismo dia. Dos ó tres dias despues, tambien los Sres. Tiltmann y Edwards partieron de Yokohama para regresar á su patria.

Desde el 8 de Enero me envió S. E. Fuyimaro Tanaka la siguiente invitacion para comer en su compañía el 12 del mismo mes: «Acting Minister of Education presents his compliments to Profesor Francis Diaz Covarrubias and his party, and requests the pleasure of their company at Sei-yo-ken, Tsekiji, on Tuesday 12th instant, from half past 9 A. M.—Mombusho, Tóquio, Jan 8—1875.»

Nos citó para las 9 de la mañana con el fin de hacernos ver los jardines del Emperador, y algunos de los templos y edificios mas notables de la capital.

Fuimos puntuales á la cita, y en la estacion del ferrocarril nos estaban ya esperando, con algunos carruages, varios empleados del Ministerio de la Educacion Pública, quienes nos acompañaron á los bellos jardines del Palacio Imperial.

Los terrenos que ocupan estos y el gran Castillo de los antiguos Taikunes, son suficientemente extensos para contener una populosa ciudad. Se hallan casi en el centro de la capital, y dentro del triple recinto fortificado del Castillo. Los muros exteriores de este, y en general todas las fortificaciones, verdaderas colinas artificiales revestidas de piedra labrada, sorprenden por su enorme espesor, y manifiestan una de aquellas obras que tal vez solo han podido ejecutarse en los países en que es ó ha sido absoluta la autoridad del Soberano, y por lo mismo, en donde casi nada ha valido el trabajo del hombre. Varios puentes, algunos de ellos metálicos y colgantes de formas muy esbeltas, salvan hoy los anchos y triples fosos, reemplazando los antiguos puentes levadizos. El espesor de las murallas está cubierto de hermosas arboledas y de ele-

vados y flexibles bambúes, cuyas cañas adquieren en el Japon un gran diámetro.

Los jardines difieren bastante, por su estilo, de los europeos. Mas bien que producir por medio del arte efectos sorprendentes, pero que la naturaleza nunca realiza espontáneamente, como son las bóvedas regulares de follaje, los árboles de formas geométricas, etc., los jardines japoneses imitan la grandiosa variedad de los paisajes naturales. Bosquecillos impenetrables de camelias, arbustos que llegan allí á una altura superior á tres metros, cubren algunos de los espacios que dejan libres los grandes árboles, y adornan y refrescan las inmediaciones de algun elegante y ligero kiosko. Enormes trozos de granitos, de mármoles, de jaspes, figuran montecillos, grutas y á veces rompen la líquida cortina de una cascada. Todas esas grandes piedras son presentes de los dáimios, quienes las han enviado allí desde sus provincias, ya como bellas y escogidas muestras de sus producciones minerales, ya como simples manifestaciones de homenaje á los opulentos y poderosos Taikunes. Ví entre otras cosas, un puente formado por un solo trozo de mármol blanco, y el petrificado tronco de un pino fósil colocado en la posición que debió tener hace millares de años.

El Palacio del Emperador fué devorado por el fuego en 1873. Actualmente se está reconstruyendo con un plan de estilo occidental, y bastante extenso, segun pude juzgar por los cimientos ya contruidos y por los muros que comienzan á elevarse sobre ellos. El Emperador ocupa entretanto el Palacio que fué del Príncipe de Kiishiu.

Hácia el medio dia nos condujeron nuestros amigos al Sei-yo-ken, especie de restaurant japones y casa de recreo con jardines, semejante á nuestros *Tivolis*, y en donde debia tener lugar la comida. Allí nos esperaba S. E. con el Dr. inglés Mr. Murray, quien ocupa el alto puesto de Superintendente de la Educacion Pública.

No sé si por casualidad ó por formar esto parte del obsequio, las llanuras inmediatas al Sei-yo-ken estaban cubiertas de tropas haciendo un simulacro de batalla. Desde los balcones del salon del convite estuvimos presenciando los diversos ejercicios de la infantería, ya haciendo fuego en guerrillas, ya concentrándose para avanzar en columnas apoyadas por las descargas de la artillería, ya finalmente formando en batalla y ejecutando todas las demas evoluciones y maniobras de la táctica mo-

derna. Me parecieron los soldados muy diestros, sobre todo en las maniobras de la infantería lijera, y creo que reciben una instruccion muy completa en ejercicios gimnásticos. Por lo ménos, todas las veces que fuí á Tóquio, y al pasar frente á los extensos terrenos anexos á los cuarteles, veía siempre á los soldados en pelotones ejercitándose en el avance á paso veloz, corriendo en círculo y haciendo otras muchas evoluciones, unas veces con armas y otras sin ellas.

Pocos momentos antes de sentarnos á la mesa, S. E. el Sr. Tanaka tuvo la bondad de obsequiarme con el primer ejemplar, en lengua japonesa, del opúsculo que publiqué al llegar á Yokohama [Apéndice V], y que el Gobierno habia mandado traducir y publicar. Agradecí en todo su valor esta prueba de exquisita galantería, y aseguré al Ministro que aquel ejemplar seria para mí uno de los mas gratos recuerdos de mi corta permanencia en su país, permanencia que ya me habian hecho tan agradable las repetidas muestras de atencion que tenia recibidas de sus ilustradas autoridades.

En la mesa me dió el Sr. Tanaka su derecha, y el Dr. Murray que ocupaba la otra cabecera, dió la suya al Sr. Jimenez. Tanto el Doctor como el Sr. Koé nos sirvieron de intérpretes, porque S. E. aunque comprende algo el inglés, no lo habla.

La conversacion versó principalmente sobre ciencias y sobre educacion pública. El Ministro me hizo algunas preguntas acerca del sistema de instruccion adoptado en mi país; y en respuesta le dí una idea general de nuestro plan actual de estudios, indicándole que la instruccion secundaria tenia por base una enseñanza preparatoria científica, uniforme y comun para toda clase de profesiones. (*) Le hice notar la gran trascendencia de este sistema, cuyos efectos inmediatos son: el de crear identidad de convicciones racionales y positivas; el de suministrar á los estudios superiores y especiales una base sólida de conocimientos científicos; el de ejercitar á todos los estudiantes por igual en la práctica y en la comparacion de los diversos métodos que puede aplicar el hombre para investigar la verdad; y por último el de contener los desvaríos peligrosos de la imaginacion, ó al menos el evitar que se les dé la importancia de verdades reales. Le dije, finalmente, que aunque la tendencia general

(*) Todavía en esa época el Congreso no habia dado el paso retrógrado de mutilar el programa de estudios, ó al ménos si ya lo habia hecho, yo no lo sabia.